

Señor y Virgen del Milagro



Catedral de Salta



Señor del Milagro



Virgen del Milagro

En el culto del Milagro está contenida la más profunda y cuidada memoria de Salta, y puede decirse que la provincia no conoce otro acontecimiento festivo de tal antigüedad, masividad y capacidad de inclusión como la "Fiesta del Milagro".

Según la tradición, el dominico fray Francisco Victoria, obispo del Tucumán, antes de regresar a España en 1590 prometió enviar de obsequio a la iglesia de Salta un Santo Cristo tamaño natural, "de los muchos tan hermosos que tallaban los artistas españoles".

Según las mismas fuentes, el Santo Cristo llegó flotando en un cajón al puerto del Callao en 1592, junto a otro que contenía una imagen de la Virgen del Rosario destinada al Convento de Santo Domingo en Córdoba. Las autoridades de Lima, sin poder explicar el extraño suceso, remitieron la carga a Salta a lomo de mula.

A su llegada a la ciudad de Salta, el Santo Cristo fue depositado en la sacristía de la iglesia matriz, donde permaneció olvidado durante un siglo.

El 13 de Septiembre de 1692, fuertes y reiterados temblores provocaron la caída de la imagen de la Inmaculada Concepción de María, y aunque no resultó rota, parecía desfigurada y descolorida. Esto fue interpretado por la gente como una advertencia de Dios, y acudieron al templo a rezar para que cesaran los temblores. Los padres jesuitas recordaron al Santo Cristo llegado desde Perú, y lo libraron de su encierro para colocarlo frente a la iglesia que la Compañía de Jesús tenía en el centro de la ciudad. A pocos metros de distancia, frente a la plaza principal, se alzaba el altar de la Sagrada Virgen. Horas más tarde, los padres mercedarios encabezaron una procesión con el

Santo Cristo, al que llevaron en andas "descalzos algunos, con la soga al cuello y manos atadas, cabezas y caras encenizadas". A esto siguió otra marcha nocturna de los jesuitas.

Al amanecer del día 14 la tierra dejó de temblar, pero volvió a estremecerse a la noche, en medio de procesiones y rogativas. Al cesar los estremecimientos, el día 15 renació la calma y con ella se comenzó a hablar del Milagro, designando a la Inmaculada como Virgen del Milagro.

A propuesta del vicario, vecinos y cabildantes estuvieron de acuerdo en consagrar el rezo de una novena al Santo Cristo que "había perdonado a Salta", al que sacarían en procesión. A partir de entonces, los católicos salteños sellaron un pacto de fidelidad con el Señor y la Virgen del Milagro, en cuya reiterada protección "la fe y sensibilidad de los salteños descubrió en ellos un amparo milagroso". Como el Cristo de los Temblores de Lima (1654) o del Cuzco, el de Salta conquistaba el centro de la devoción local.

